

El virey comenzó á pasearse á largos pasos por la estancia segun su costumbre, y después de tres vueltas se detuvo frente de la mesa donde escribía su secretario, y dijo sin cuidarse de que aquel le prestará atención:

—Pues entonces quiere decir que los insurgentes han ganado con el aniquilamiento de Hidalgo, Allende y demas cabecillas, que no discurrían cosa de provecho, y que no hacían mas que llevar á sus hombres al matadero, puesto que ahora forman juntas soberanas y expiden proclamas y decretos como si ya tuvieran el palo y el mando.

—Pero yo juro bajarles la golilla cuanto antes á estos perros villanos que están soñando con cosas que no debían ni figurarse. ¿Quién es D. Ignacio Rayón? Un cualquiera, á quien la casualidad le ha dado un triunfo despues de haber sufrido trescientas derrotas. ¡Y ya tiene la avilantez de apellidarse el primer jefe de la Junta Suprema! Es decir, el virey de los independentes, tomando tambien en sus impuros labios el nombre de Fernando VII.

—¡Mil bombas! exclamó el virey Venegas, lo mismo que el general Bum Bum, cuando recibió los impresos y demas recados que le imponían de lo que se estaba haciendo en Zitácuaro, conque tenemos ya juntitas de gobierno y disposiciones que nos desafían como si estuviéramos tratando de potencia á potencia! Nó, pues yo les cortaré las alas para que no sigan subiendo. Todo por ese imbécil de Empáran que les fué á dejar nuestros mejores elementos. Y á propósito de Empáran, señor secretario, ¿qué noticias tenemos?

—Que salió absuelto del juicio á que tuvo á bien sujetarlo V. E. y que está aquí desde hace quince dias solicitando su retiro para España.

—Se le concede, es mejor que no tengamos esos mándrias entre nosotros.

—¡Pícaros éstos! Yo les juro no dormir bien mientras no les haga añicos sus madrigueras. Ya porque vencieron á ese gallina de Empáran se están creyendo los invencibles, y que el gobierno no ha de tener los brazos bastante largos para alcanzarlos donde quiera que se escondan. ¿Qué especie de fortaleza es Zitácuaro que no puede tomarse con un ejército mandado por un jefe digno y esperto? Yo mismo iré y me haré obedecer de todos si Calleja vuelve á ope-

ner la mas mínima dificultad á mis determinaciones.

El secretario habia levantado la cabeza y, comprendiendo que á él iban dirigidas estas observaciones, se limitaba á dar muestras de asentimiento, sin pronunciar una palabra.

De pronto, siguió diciendo Venegas, vamos á escribir estas órdenes:

Una carta á Calleja, en que terminantemente se le prevenga haga todos sus preparativos en quince días para que marche en seguida á destruir el foco de insurreccion que se ha establecido en Zitácuaro. A Porlier se le dice que desde Toluca ayude las operaciones de Calleja. Lo mismo se le dice á Trujillo que se ha estado limitando á defenderse en Valladolid. A Calleja se le dice oficialmente que dispone de cuantas facultades sean necesarias para exigir auxilios de las provincias limítrofes y para proporcionarse recursos y dictar cuantas disposiciones exija la guerra, sin que nada sea obstáculo para que dé exacto cumplimiento á esta determinacion superior.

No será por demas, añadió á pocos momentos, que salgan de aquí quinientos ó seiscientos hombres á reforzar la provincia de Toluca. Mandaremos con esta espedicion al capitan de fragata D. José M. Cueva, que es hombre entendido.

El virey, despues de firmar estas y otras disposiciones secundarias, se fué á almorzar muy satisfecho.

Vaya! dijo Calleja, cuando recibió las comunicaciones y se impuso de ellas, ahora sí se conoce que el virey se halla enojado y que está á punto de hacer

cualquiera barbaridad si no se le obedece. Ahora veamos cual es mi situacion: si voy á hacer esta campaña con los elementos que tengo, es fácil que me vaya tan mal como á Empáran, y una vez derrotado ¡adios de mi prestigio, de mi valer y de mi posicion! ¡Qué júbilo tan grande seria para Venegas si me destrozaran los insurgentes! Pero en cambio si le desobedezco, ya tiene pié para destituirme de mi empleo, quizas hasta para formarme causa y reducirme á la nada. En consecuencia, debo apresurarme á obedecer, reservándome á proceder, una vez en el terreno, como mejor me convenga. Al cabo que tengo amplias facultades.

Y una vez decidido á hacer aquella agria campaña, que presentaba á la simple vista tantas dificultades, pidió el virey algunos elementos de guerra que le eran indispensables, y de que carecía por entonces como eran unas buenas piezas de artillería, pertrechos y víveres.

Con la actividad con que siempre procedia Calleja para llevar á buen fin sus determinaciones, ordenó á Arredondo que cubriera la plaza de San Luis Potosí, escribió á Cruz diciéndole que le enviara una division al mando de D. Pedro Celestino Negrete que era el brazo derecho del Señor de Guadalajara y quien le habia dado buena cuenta de todas las importantes comisiones militares que le habia confiado, al teniente coronel Manero lo mandó colocarse entre Guanajuato y Querétaro para que asegurara la comunicacion de la capital con su Cuartel General. A

Trujillo, de Valladolid; á Perlier, de Toluca; á García Conde que guarnecía á Lagos y á todos los demas á quienes creyó conveniente, mandó instrucciones para que obraran de consuno y él salió de Guanajuato el 11 de Noviembre, dejando encomendado al Intendente D. Fernando Pérez Marañón que se sostuviera con unos trescientos hombres que le dejaba y con los mas que organizara ayudado de las autoridades y vecinos.

Por supuesto que no se habian pasado dos semanas sin que se viera al terrible guerrillero Albino García en las goteras de Guanajuato, cuya ciudad se salvó de ser ocupada por los independientes, merced á los refuerzos que le estuvieron llegando con toda oportunidad. En cambio Albino García se desquitó ocupando á San Miguel y demas poblaciones del interior que le quedaron libres, solo que como era un guerrillero que no tenia gran prestigio para formar ejércitos, ni instruccion militar para organizarlos, ni voluntad para procurárselos, aquellas incursiones no tenian mas objeto que molestar un poco á los realistas quitándoles recursos, y sobre todo á los pueblos, que era de donde unos y otros tenian que tomar lo que necesitaban para su subsistencia y para su regalo.

Era comandante de la plaza de Valladolid aquel célebre D. Torcuato Trujillo que habia tenido el primer encuentro con los independientes en el Monte de las Cruces, y que, favorecido por el virey Venegas, lejos de haberlo sujetado á juicio como á Emparán y

á tantos que fueron vencidos en los combates, lo colocó donde creyó que menos riesgo podia correr y mas podia lucirse con la proteccion de los ejércitos de Cruz y de Calleja que á cualquiera hora que se ofreciera podian fácilmente darle la mano, como sucedió en las diversas ocasiones en que se vió apurado y casi á punto de abandonar el punto que se le habia encomendado.

Este D. Torcuato Trujillo, como todos los gefes realistas que mandaban en las capitales, se daba una vida de príncipe, y sin molestarse mucho en salir á campaña, pues que para eso estaban allí los gefecillos de menor importancia, tenia su palacio y su corte y sus distracciones caseras.

Habia una tertulia en la noche en que nosotros vamos á entrar en su alcázar, á la cual se habia invitado á las familias que podian formar allí la aristocracia: los capitalistas, los títulos arrinconados, los empleados civiles y militares de categoría, y tal vez alguna familia de medio pelo, alzada repentinamente de su humildad por el magnate.

La música tocaba, los jóvenes de ambos sexos bailaban, las matronas como de costumbre, murmuraban, y los señores graves formaban grupos de pié en los rincones en los que se hablaba de política, ó jugaban en las habitaciones inmediatas en donde habia naipes y dados, en diversas mesitas colocadas simétricamente. Los mozos entraban y salian sirviendo refrescos, compuestos de vino carlon con azúcar y naranjas.

D. Torcuato, que así como era tímido para la guerra, le sobraba valor para las conquistas amorosas, se encontraba en el estrado requebrando dulcemente á una dama.

—Vamos, Clementina, la decía con voz melosa, es fuerza que ya acaben conmigo sus rigores, ya son muchas las pruebas á que vd. me ha estado sujetando, y todavía.....

Esta Clementina pertenecía á una familia alzada desde muy abajo por Trujillo, valiéndose del medio de proteger abiertamente al gefe de ella que ocupaba á la sazón un puesto bastante lucrativo. Así es que tenía poco trato de corte y el que sabia no era muy delicado.

—Pero ¿acaso no sabemos que V. E. es casado y que tiene á su mujer en México?

—¿Quién dice tal cosa?

—Una persona que la conoce y que me ha dado todas sus señas.

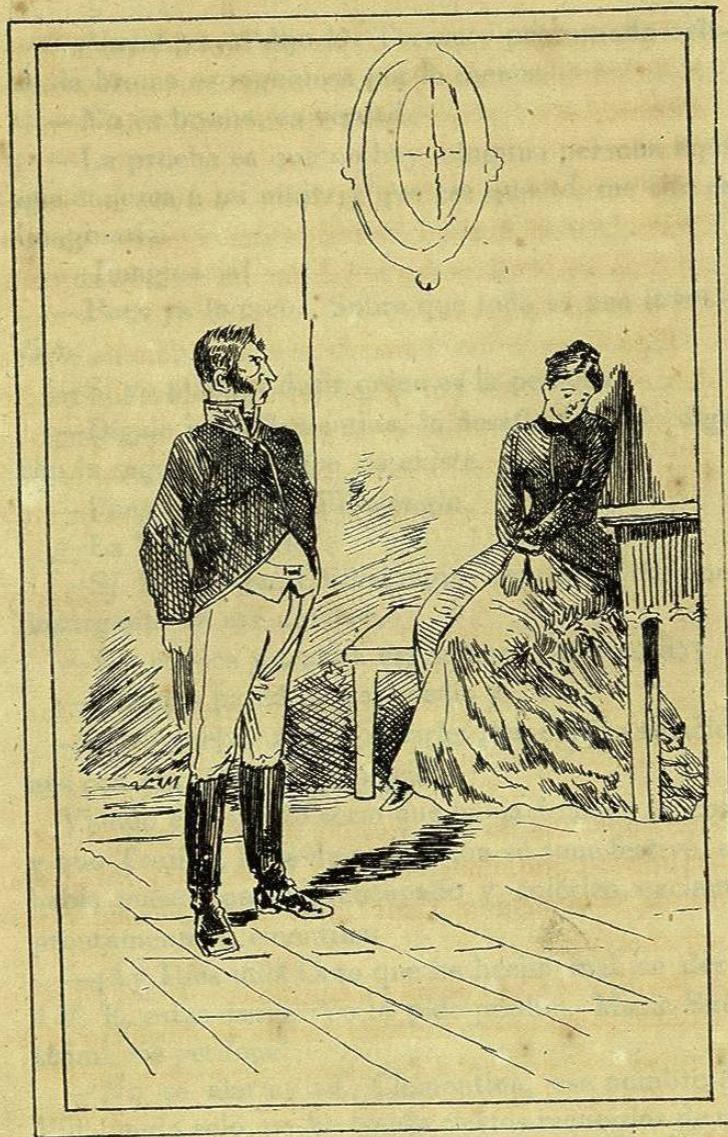
—¿Qué señas son?

—La señora de Trujillo, me dijo esa persona, podrá tener como unos cuarenta años, es gorda, está picada de viruelas y tiene unos ojos de color claro muy hermosos.

Trujillo se puso como unas granas.

—¿Y quién es esa persona que dice conoce tan bien á mi mujer? preguntó despues de un momento.

—No lo puedo decir. La mujer de vd. se llama Doña Eulogia ¿es cierto ó no es cierto?



—En ese caso puede usted prepararse á sufrir rudos tormentos.

—¡Vaya! ¡vaya! dijo D. Torcuato procurando reirse, la broma es ingeniosa por lo menos.

—No es broma, es verdad.

—La prueba es que no hay ninguna persona aquí que conozca á mi mujer y que esa que vd. me cita es imaginaria.

—¿Imaginaria?

—Pues ya lo creo. Sobre que todo es una invención.

—Si yo pudiera decir quien es la persona. . . .

—Dígalo vd., Clementina, la desaffo á que lo diga con la seguridad de que no existe.

—Pues bien; es la Villalongin.

—La Villalongin?

—Sí, Doña Gracia Villalongin, esposa del coronel insurgente de ese nombre.

—Vd. conoce y trata á esa señora, Clementina?

—Vivimos pared de por medio y.

—Pero vuelvo á preguntarle: ¿vd. cultiva relaciones con esa clase de personas?

Viendo el aspecto sério que había tomado la cosa y que Trujillo, léjos de seguir con su tono festivo, se había puesto como preocupado y colérico, exclamó prontamente Clementina:

—¡Ay Dios mío! Creo que he hecho mal en decir á V. E. estas cosas. Yo le pido perdón. Maria Santísima me perdone!

—No se alarme vd., Clementina, ese nombre de Villalongin solo me ha traído ciertos recuerdos de un

pícaro insurgente que me ha causado muchos perjuicios y que no se quita de los contornos. Tal vez esto tenga algunas complicaciones. En fin, ya hablaremos.

D. Torcuato dejó el asiento que ocupaba al lado de Clementina y esta se quedó inquieta viéndolo alejarse con una sonrisita feroz dibujada en su pérfido semblante.

Aquel llamó á su edecan, le dijo algunas palabras, este salió y Trujillo siguió disfrutando de la fiesta como si no hubiera habido en ella nada de notable.

Al día siguiente la conversacion general era que en la noche anterior se había presentado una guardia en la casa de la jóven esposa de Villalongín, que por cierto era muy bonita, y que la habían conducido al convento de la plazuela de las Animas, en donde estaba con otros presos políticos.

En aquellos tiempos eran muy comunes esta clase de hazañas, principalmente despues del ejemplo dado por Calleja en Guadalajara con la ahijada y protegida del cura Hidalgo.

La version general que se dió á este suceso era que aquella jóven había sido reducida á prision quitándole todo cuanto tenia en su casa, para obligar á Villalongín á que depusiera las armas, acogiéndose al indulto; pero Clementina y Trujillo sabian muy bien que no era sino una venganza tomada de quien había tenido la ligereza de declarar lo que por entonces se queria tener como un secreto.

Al medio día D. Torcuato se hizo conducir á la prision de las Animas, que era una iglesia desmantelada y súaia con algunas celdillas descascaradas y feas, é hizo que lo introdujeran á la que ocupaba Clara Villalongín.

—Señora, le dijo sin ceremonias, he mandado poner á vd. en esta prision decente por su condicion; pero estoy resuelto á usar de mas rigores si vd. no consiente en escribir á su marido que deje las armas y venga á acogerse á la gracia del gobierno.

—Señor, contestó Clara, ignoraba las causas de mi prision, pero ya que S. S. se digna hacérmelas conocer, desde luego le digo que haga de mí lo que guste porque no escribiré ninguna carta á mi marido.

—¡Ah! ¿se rehusa vd?

—Sí, señor.

—En ese caso puede vd. prepararse á sufrir rudos tormentos.

—Así me pueden hacer cuartos, no cometeré la indignidad que me proponen.

Trujillo estuvo un poco atrojado ante aquella enérgica resistencia que no se esperaba y poco despues agregó como variando de conversacion.

—Es cierto que ha vivido vd. en México?

—Sí señor.

—Y conoció vd. allí á mi mujer?

—Tuve la satisfaccion de hablar con ella varias veces.

—Bien, bien: aquí se le quitarán á vd. las ganas de

audar refiriendo á todo el mundo que ha tenido esos conocimientos.

Y Trujillo dió la vuelta y salió de allí dando señales en el semblante de ir muy desagradado.

Clara Villalongin se quedó muy confusa, sin poderse dar cuenta de lo que aquello significaba, lo cierto fué que su marido que se encontraba en los alrededores de Valladolid tuvo conocimiento de lo hecho y juró vengarse.

Quien sabe hasta donde habrían ido los desmanes de Trujillo con aquella señora, si no es porque en la misma tarde recibió de Calleja órdenes para que fuera á conferenciar con él en Acámbaro á donde debía trasladarse inmediatamente. Sin pensar ya mas que en cumplir con este mandato, se ocupó en hacer sus preparativos y salió al dia siguiente de la ciudad escoltado por mas de trescientos hombres.

Se quedó al frente de la guarnicion el teniente coronel Salas, hombre de las confianzas de Trujillo y se encontraba completamente descansado despues de dormir la siesta, cuando vinieron á darle parte de que una fuerza de insurgentes habia penetrado á Valladolid y se encontraba estacionada en la plazuela de las Animas.

Sin tiempo para pedir su caballo, se dirigió á pié al lugar indicado seguido de unos cuantos hombres, y casi al llegar notó que en efecto estaba un grupo en la puerta de la iglesia como de 25 insurgentes. Se quedó indeciso sobre lo que debía hacer, porque

no llevaba tropa para atacarlos, cuando vió salir al que sin duda los mandaba como gefe acompañado de una mujer á la cuál montó en un caballo. Compuso luego la silla del suyo con toda calma, montó tambien y como álguien le dijera que allí estaba Salas, se encaminó á la esquina que le indicaron, y á distancia de unas diez varas le dijo con tono firme:

—Diga vd. á su gefe D. Torcuato Trujillo que es un miserable y un cobarde; que no se cebe como un mándria en débiles mujeres, cuando no tiene mas que dar unos cuantos pasos para encontrarse con hombres que siempre sabrán esperarlo.

Diciendo esto quebró su caballo, fué y se puso al frente de su tropa y se alejó paso á paso sin haber llegado á hacer uso de la pistola que llevaba en la mano.

Salas se quedó como petrificado sin atreverse á dar la órden, como bien pudo hacerlo, de que se le persiguiera. Hoy en Morelia la plazuela de las Animas, debido á este suceso, que es rigurosamente histórico, se llama la plaza de Villalongin.